

Casaravilla Lemos, Enrique, *Partituras Secretas*, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Montevideo, 1967.
Prólogo de Esther de Cáceres.

PRÓLOGO

Enrique Casaravilla Lemos ha entregado, para la Biblioteca de Cultura Uruguay, sus poemas inéditos. De ellos desglosamos los que integran el presente libro, primera etapa de una más amplia publicación futura.

Súbitamente estos cantos nos llevan al recuerdo de nuestra emoción de siempre ante los poemas de Casaravilla: ellos se identifican con una lección de soledad, de entrega a la propia obra, de libre y pura actitud frente al mundo, enemigo del alma y de la Poesía.

Esta fuerte lección ha sido posible por el singular destino del poeta, por su ser entrañable y por las experiencias que providencialmente hubo de atravesar y de las que ya nos decía en sus primeros poemas. Así, en "Las fuerzas eternas" le conocimos el dramático ser profundo:

*"Yo estoy condenado a mi antiguo sufrir
como el ojo a mirar
cual la cima a romper la tormenta
como el fuego a abrasar.
¡Y la tierra me ríe, y el cielo me protege!
Yo estoy condenado a trabajos eternos.
¡Cuándo pasará esta demencia que me alza . . . y me lanza!
¡Cuándo descansaré como la menos suave flor entre sus
[hojas!*

Y sabemos ya, desde este poema, que estamos frente a una poesía confesional, existencial, ligada a lo más hondo de un ser; poderosamente viva, como este mismo ser; sustentada en una pasión que se dirige a la tierra y al cielo.

Y sabemos que se cumple aquí la posibilidad de aplicar a la valoración de la obra aquel criterio ajustado de Raissa Maritain: "El valor de una obra está en razón del contacto pungente del poeta con su destino".

Y como aquí el lado trágico de su destino, en otros cantos la maravilla y el deleite de su encuentro con la Naturaleza, el sueño de trascendentalizarla, la aguda tensión por romper todo límite, en busca de algo que está más allá de la naturaleza misma y que guarda su secreto. Desde los primeros poemas de Casaravilla se siente su pasión, su posibilidad de amor, su intensa comunicación con las cosas y con los seres que pueblan el mundo.

En exaltados cantos, de ya firme estructura, de línea opulenta o escueta, dice su asombro, su adoración, su vértigo. Y confiesa el dilema arduo:

*“Me llaman
a su gracia pálida
las bodas del cielo
-pero yo amo la Tierra.*

.....

Y ya sabe que las cosas adorables del mundo son efímeras; y ya quiere librarse de su magia; y ya nos dice su nostalgia de lo ajeno, desconocido y eterno.

*“¡Señor, apártame de tus débiles tesoros!
Dame los fuertes, tuyos, tus tesoros!
los que no se abren con llave de oro . . .*

*No éstos! tan pobres!
que como sombras en nuestras manos tiemblan,
y ofrecen una forma tan efímera
como el lloro y el gozo de los días . . .*

*No los que miro, vanos, me concedas;
no los que envuelven en deleite vano;
¡sino los que miro todavía
que resplandecen con belleza eterna
en tu amor solitario y soberano
de inextinguible Esfera;
¡los de tu dulce Océano lejano!*

Por estos versos nacidos hace muchos años sabemos que la poesía de Enrique Casaravilla Lemos no tiene que ver con modas literarias. Sólo se vincula con la poesía verdadera de todos los tiempos. Con un equilibrio que tiene su fuente lejana en la gran tradición, ella está en nuestro tiempo, libre de lo que en la poesía de nuestro tiempo es circunstancial y pasajero. Se relaciona con elementos nobles del Arte moderno, diferenciándose de algunos de sus ejemplos más insignes por la voluntad de forma, por la inteligibilidad, por la persistencia del elemento melódico que se ha perdido en la poesía de hoy, y que recién comienza –felizmente– a restaurarse.

La libertad de formas, patentizada en una intrépida sintaxis original, no excluye en Casaravilla el rigor consciente, no significa ruptura con la más noble tradición ni extravagancia advenediza. Las invenciones irrumpen con señorío, según sus apoyos profundos y seguros; se adelantan al tiempo; se constituyen en elementos precursores de la poesía nueva. (Puede

encontrarse esta relación cuando se hacen investigaciones estilísticas en los poetas que vinieron después: sobre todo en aquellos que adquieren carácter eminente, tal es el caso de ese héroe delicado e intenso de la Poesía que es Juan Cunha).

Lejos están las fuentes de Casaravilla Lemos. Se emparenta con los clásicos latinos. Y se le oye decir en verso digno de aquéllos:

Miremos hacia los cipreses duros y los viñedos inquietos

.....

Pero estas correspondencias, estos paralelismos, no amenguan la originalidad del poeta. Y pudo decir Alberto Zum Felde a propósito de su ubicación en la historia literaria, en magistral ensayo rico de sensibilidad y sabiduría:

“Casi ninguna influencia literaria podría señalarse en esta definitiva obra poética de Casaravilla, no siendo las generales y vagas, propias de la época. Su misticismo es de fuente netamente cristiana y viene corriendo por los cauces ocultos de su alma –desde su infancia religiosa o desde más lejos todavía– como los ríos subterráneos entre las rocas. Su dionisismo es también de raíz biológica, aunque tenga relación literaria con Nietzsche, a cuyo contacto ha cobrado en gran parte esa conciencia de su imperio que él trajo y que en los siglos pasados nunca tuvo.

“Júbilo viviente”, canto de la embriaguez suprema de la vida, alegría del eterno retorno, sería la más resplandeciente de las coronas para la nueva mañana de Zaratustra”. Desde los primeros versos de Júbilo viviente asombra esta luz nítida, este impulso vivo, este inaudito vuelo:

Haré temblar a mi ritmo la tierra
La haremos temblar, con los compañeros impetuosos.
Antes de alejarme en el abierto horizonte
dispersaré oros de júbilo, y pétalos y palmas de
regocijo;
¡correré ríos de alegría! ¡alegría! ¡mi alegría de
desbordadas alegrías!

Y derrocharé tumultos
de pricipitadas ondas . . .

Y levantaré, seguido uno del otro
subiendo al cielo curvo,
discos livianos de joviales rapideces,
-que me alcancen las manos de los niños-
y campanillas verdes más ligeras y vivas que el
brillo de las brisas
esparcidas en el aire, por mi paso
en descuidada carrera!

.....

Hasta llegar en esta carrera loca, en que misteriosamente se concierta el vértigo con la estricta medida y la acristalada claridad, a la estrofa última donde el vuelo se apacigua con emocionante voz:

Y más allá –un día–
del abierto horizonte ya vivido
las sombras sin corazón ya desde muy
atrás rendidas
me verán cruzar la noche
de brazos generosos de oscuridad y silencio
–la encadenada noche de extendido sueño–
sobre rojos caballos
o sobre descubierta carro
lejano y volador . . .
de hierro y resplandor:
¡con mi rojo corazón de jugador Primavera!

Y Zum Felde afirma: “El pensamiento filosófico de Casaravilla asume en general la forma de un patetismo poético al modo de Goethe, conciliando así su instinto dionisiaco con sus sentimientos religiosos”.

Más allá, en la glosa, otra vez el recuerdo de Goethe, refiriéndose a “Las fuerzas eternas”: “En este mismo libro, dice Zum Felde, aparece su canto “La luz sin límites”, también nueva versión definitiva del que antes publicara en las revistas con el título “Dios” y en el cual destaca como nota dominante aquel otro modo de alianza entre los dos principios: el pensamiento metafísico de un severo y espléndido misticismo”.

“Celebración de la Primavera que en el conjunto de Las fuerzas eternas ocupa el segundo lugar después de La luz sin límites está inspirado por el mismo aliento de concepción intuitiva panteísta que el primero: sólo que en él se abandona la región de las grandes abstracciones – aquella mágica región de Las Madres, de Goethe– para abrir los ojos encantados de una prístina luz paradisiaca, a la visión de la tierra en el séptimo día: y lo que en él se celebra es la manifestación de aquella universal vida divina, en la profundidad y la alegría gozosa de la Naturaleza”.

Pero asoman otros insignes parentescos, otras cordiales líneas por las que la poesía de Enrique Casaravilla se sitúa al nivel de la más alta poesía de nuestro tiempo. En una hermosa composición que él llamó “Árbol lírico” se evocan esas presencias. Habla de Baudelaire:

El es el mundo; con otro mundo en el que
sollozan; gimen;
las candentes almas

mientras pasa, nave capitana, su verso
buscando las ágiles novedades del más allá.
Se ven también los que abrazan las antiguas
fantasías del pecado

—espectáculo aburrido—
y su luto y sus penas roen, como su alma,
Flor de Infinito.

Habla de Verlaine; y entre varias siempre lúcidas expresiones surgen éstas:

Él es una rama mágica y sola en las brisas que ha
enredado
y crucificado melancólicamente una ninfa
de cabello fugitivo y duro
entre el pálido rocío y el cielo!

Encuentra en Verlaine

“la palabra que rueda apagada y
pliega su ala de oro”

Habla de Darío:

Su pasar . . . como una prora reluciente y dolorosa
Una noche perdida . . . pero plateada por un ruiseñor
continuo
aún más que por la luna ancha y soberana
y terminada sobre rastros dolorosos, y desaparecida
bajo la mirada de sus Dioses.

Sí, Baudelaire, Verlaine, Darío; y también los acentos del alma de Poe, precursor en quien encontramos el origen de toda la poesía grande que viene después. Y pensando en esta profunda relación con Poe, se nos aparece, en la obra de Casaravilla, un singular concierto de lo clásico y lo romántico. Como en Poe se da aquí una calidad de alma, un sentido de la forma, un sentido plástico, escultural; la superación de la antinomia clásico-romántico, superación que en nuestro tiempo se acentúa a través de insignes ejemplos, en Poesía, Música y Artes Plásticas.

Aquel profundo y sutil crítico que fue Eduardo Dieste aludió a las fuentes de Casaravilla Lemos en una admirable glosa apenas difundida y que quiero dejar aquí. Dice el autor de Buscón Poeta:

“No sería fácil establecer un linaje a la poesía de Enrique Casaravilla Lemos aunque demos pronto con la modalidad francesa que tanto influyó en América del Sur, más que nada advertidos por la devoción que nuestro poeta siente por Baudelaire y Verlaine. Pero la contextura de su genio es tan inequívocamente española que sorprende no encontrar en su verso los influjos de la escuela andaluza o gallega, coetáneas y hoy directrices (Machado, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez) que

son de su propia raíz y esencia; y es que esos mismos poetas de España se aparecen y no se comunican; salen del mismo tronco ignorándolo, o con una fuerza tan divergente que desata los lazos familiares en el esplendor de las individualidades; hecho que, en todos los órdenes, tanto caracteriza la expresión de la raza. Y en el fondo de la más pura latinidad, Horacio es la clave de la poesía y del habla en lo clásico antiguo y moderno, salvo el aire dulce, aunque es mucha salvedad, de los cancioneros galaico-portugueses de la Edad Media; y aunque aquí encontramos fácilmente el hilo romántico en los poetas del “Mester de Clerecía”, Juan Ruíz y Berceo.

Esta limpieza de artistas del verso horaciano, este duro rigor de la medida como condición y causa de un vuelo lírico desmedido, generoso y lleno de sorpresa, en que la serenidad y el barroquismo tienen sus fronteras, y un sabor terreno y una grave razón, constituyen el espíritu de latinidad de que toma linaje nuestro poeta.

Hemos dicho sorpresa; y en una melodía de inesperadas cadencias viene a resolverse todo canto de Casaravilla Lemos; hechos dicho grave razón; y es de arquitectura romana, que atraviesa en arcos la campiña y el cielo de Segovia, todo canto de Casaravilla Lemos. Hemos dicho gracia; y en flores y en estrellas de soledad se derrama por las vertientes, dulces o violentas, de todos sus cantos.

Podríamos decir que jamás hemos tenido la presencia de un ser por invisible que sea, en la humildad o en la divinidad, florecilla del campo o arcángel, como cuando ha sido tocada por la vara ardiente del verso de Casaravilla Lemos, que nos lleva, con la palabra única, a la línea de su propio horizonte alucinado. La doncella que perfuma ignoradamente los caminos que el poeta transita; una estrella sola, caída como una gran lágrima en la noche de su destino; los marfiles carnales que doran el jardín de los Salmos; la cascada de heliotropos que se alza en vuelo de palomas cuando atardece; la desolación del alma desbordante de tesoros, porque nuestro es todo lo que comprendemos, y no hay criatura de Dios o maravilla de sus manos que tan extraordinario poeta no haya recibido eucarísticamente: clamores de Job, desmayos angélicos y primaverales, amor insaciable de lo divinamente natural y una gravitación a la fe en Dios y en la perfección esencial de su voluntad mueve las órbitas musicales de todos sus cantos”.

En la poesía de Enrique Casaravilla Lemos hay profundos acentos románticos, delicados acentos que se apoyan en su ser más íntimo; una inclinación a la tristeza que a veces asoma en él con delicada gracia, con nostalgia ideal, y que culmina en sus más grandes momentos con la superación de esa tristeza, que ya llega a emparentarse con la que buscaba León Bloy al decir: “La única tristeza es la de no ser santos”.

Inclinación a la tristeza, revelación de la intimidad del alma. Pero nunca, de los románticos, el descuido, el desorden, la obscuridad. Si alguna vez aparece lo vago de la tendencia intimista, ello se compensa, como con un sentido riguroso de la forma, con la aparición de elementos plásticos, con valores lingüísticos firmes, con un extraño poder por el que el poeta crea su sintaxis particularísima en la que las palabras y las combinaciones musicales quedan apoyadas por palabras y combinaciones de escultórica dureza.

Toda relación de esta poesía con las escuelas debe ser entendida como una coincidencia con los tonos característicos de las mismas, y mejor que con las escuelas, con los tonos y el alma, con las formas y estilo de los creadores más significativos de esas escuelas.

Podríamos decir así que en cuanto a la claridad, el orden, el dibujo, el poder de universalidad, tiene esta poesía relación con los clásicos antiguos –se ha señalado sobre todo su acento horaciano–; tan íntima es la relación que podría servirnos de buen ejemplo para diferenciar lo clásico de lo académico. Clásico auténtico –al nivel de los sentidos más directos y graves del término– es Casaravilla Lemos. Y así se ha defendido del academismo, del pseudo clasicismo, y de otra ancha zona que oscurece a la poesía moderna: el barroquismo. Se ha defendido gracias a su severa conciencia de artista, a su progresión hacia una madurez auténtica; gracias a su libertad; a su resistencia a las tentaciones, las modas literarias, los halagos fáciles, las concesiones, el gusto de los críticos o de los lectores.

Junto a los valores estilísticos de estirpe clásica, reina en la obra de Casaravilla la inteligibilidad. Muchas veces recuerdo, a propósito, lo que Eugenio D'Ors dijo de Beethoven al glosario dentro de su severa crítica contra los elementos negativos del romanticismo: “En Beethoven la Inteligencia tiene un trono dignísimo que domina la obra entera de Beethoven. La Inteligencia tiene un tono, y el tono se llama Claridad”.

A pesar de tantos elementos inteligibles como en ella se encuentran, la poesía de Casaravilla sigue siendo oscura porque está en ella, como la sangre oculta y circulante, el sentimiento; y ya se dijo esta verdad que todos sabemos por experiencia: “oscuro como el sentimiento . . .”

Este sentimiento aparece siempre en los versos del poeta, desde aquellos en que la realidad se da como en una escultura rigurosa, aparentemente fría, hasta aquellos en que un paisaje se muestra con deliciosa sensualidad; como en los que de modo directo se nos dice el amor a la mujer, la ternura por los seres doloridos, la compasión hacia los pobres, la fraternidad delicada. Como si por grados imperceptibles o violentos llegase a aquel sentimiento más ardiente, que ya quema todo sentimiento, y del que Dante dijo:

“el Amor –que mueve el Sol y las estrellas”

Es el mismo oscuro sentimiento, misterioso sentimiento, bendito signo escondido y latente, el que está vivo bajo las estructuras de mármol de aquellas columnas y de aquellos “caballos célebres” de inolvidables poemas; el que aparece en el acento melodioso, íntimo, de estirpe romántica, cuando nos dice:

*En otoño se sienten como endebles llamas . . .
sensuales dedos a sublimes secretos unidos!*

y hacia el fin:

*mientras enrojece con amarillos tonos a hacia azules
mohosos en troncos anchos la arboleda antigua
bajo las brisas altas del otoño.*

Es el mismo acento en el aparentemente sencillo canto en que dice con acentuados medios la emoción ante una niña que duerme: éste pertenece a una línea entrañable de la obra de a

Casaravilla: es la de aquellos poemas aparentemente sencillos, en que nos encontramos con la "claridad difícil", gran misterio de Arte, ligado a sabiduría, delicadeza, renunciamiento.

Tiene toda la obra de este poeta una firme unidad.

Aquel Enrique Casaravilla Lemos que yo conocí en una lejana primavera –en un aire de madre selvas y de luciérnagas–; aquel Enrique Casaravilla, ya glorioso, en quien junto al acento triunfal de Celebración de la Primavera se percibía un acento de delicada nostalgia, una ternura melancólica, una inclinación evidente hacia lo sobrenatural, y este Enrique Casaravilla de hoy se dan como en un espejo fiel en la obra bien custodiada, desde la entrega más absoluta, más heroica, más ejemplar.

Tiene la misma soledad que le conocí súbitamente, pero más acendrada en misteriosos crisoles; cada vez más seguro el paso, más construido el verso; más dibujado, sin llegar al esquema ni a la estilización; más honda la nostalgia, más firme la Fe.

Este Enrique Casaravilla, fiel a su destino, en quien encanto y desencanto se orientan, como un solo girasol sagrado, a la luz única, dice su relación con las cosas, y la de las cosas con las palabras, en las lúcidas y misteriosas líneas:

Las cosas son
Las cosas son siempre. . .
Las cosas son
Y su causa, su genio, su foco
Es o está con ellas mismas
inseparable. . .

y luego:

El misterio de las
palabras es el de las cosas;
el de los actos, otro.
¿Cuál es más poderoso
o más lejos nos lleva?:
(mueven las aspas del acontecer)

Y esto lo sentimos y lo sabemos cuando Casaravilla dice temas áridos en bello lenguaje poético, por proceso de transustanciación que es su más difícil prueba: su desconfianza con respecto a las ciencias del mundo, su actitud ante la civilización homicida; su actitud ante los pobres; su deslumbramiento ante la Verdad de Cristo; o cuando abordando temas de la alta poesía –como en El Ángel de la Quinta– nos da la impresión resplandeciente de una experiencia conmovedora, en una relación de cosas, actos y palabras en que se funda lo ontológico de su lenguaje.

Dice Zum Felde a propósito del logrado equilibrio de estos poemas, muchos años después de aquel ensayo fundamental ya citado, en una breve y certera glosa:

“Su poesía filosófica es, pues, en este libro, una danza de imágenes ardientes y ligeras, que tales son sus pensamientos, desarrollándose como visiones y símbolos sobre el fondo dionisiaco de la música.

Su sentido estético seguro cabalga el brioso equino de la palabra, de finos cascos y de pecho fogoso, teniéndole a dura rienda. Equilibrio magnífico y pocas veces logrado entre la más impetuosa libertad y la brida más firme; entre el pensamiento más profundo y la imagen más resplandeciente”.

Esta afirmación sigue siendo válida para la obra entera de Casaravilla. Pues en todos sus poemas podemos ver –en lo que él llama graciosamente “Filosofía silvestre, primordial y salvaje” o en los poemas de tema cristiano– este dominio y este equilibrio que trascienden al estilo confiriéndole firmeza inconfundible.

En la intimidad del proceso de esta poesía podemos asegurar que el descubrimiento creciente de Cristo y el amor creciente por Cristo son fundamentos esenciales.

Los grandes poemas en que Casaravilla habla de ese tema prueban tal afirmación.

A veces es evocada la figura de Cristo, su presencia histórica, su presencia eterna, su fuego de Amor. A veces la relación del Poeta con esa vida y ese Amor.

El encendimiento de sus versos nunca llegó a tan acendrada vida. Pero hay una profunda relación entre el acento de estos poemas y el acento de los poemas de tema profano, y aún de aquellos poemas paganos del autor. Y esta relación, que es evidente a pesar de las variantes estilísticas determinadas por la adecuación de los medios que en poeta tan sabio y auténtico no podía faltar, es una relación importantísima, que patentiza la unidad del ser a través del proceso del orientación a su fin último: el amor a Dios.

La relación con Cristo se dice de modos diversos. A veces es una mirada al ser histórico, y a la vida y alma de los primeros cristianos, como en el poema titulado “Circo”:

*Yo hubiera querido ser
uno de aquellos mártires!*

*Y hubiera querido vivir y morir
lleno de amor a Cristo
como aquellos mártires
entre invisibles, celestiales Rosas
supliciado. Y bajo ellas perfumado*

.....

Admirable poema, por su tensión, su tono fuerte y nostálgico a la vez, su armoniosa estructura fundada en medida, en orden, en audacias de la construcción, su progresión a través de evocaciones concretas y sintéticas en el trance desde la arena del circo hasta la evocación de los “van raudos ángeles” y de sí mismo contemplándose en el verso final:

Solo mártir en Cristo!

Otras veces es el profundo amor ya todo quemado en el alto fuego. Entonces aparece uno de los fundamentales signos, entre constantes personales del poeta: su sentido de la Caridad. Ella se da en el alma y obra de Casaravilla con un acento que viene de lejos. Son los ríos ardientes que corren por las páginas de la Biblia, la Epístola de Santiago a los ricos, la Epístola de San Pablo a los Corintios.

Dice Casaravilla en una de sus composiciones en prosa:

“Lo único seguro así en la tierra como en el cielo es la Caridad”.

.....

“Lo único cierto en la infinita creación de los mundos todos, es la Caridad del Cristo y con Cristo y que, como verdad pura retornaba en sus voces enormes: y el desprendimiento compenetrado, voluntario –repetido de una manera inflexible– pulverizando barreras reflexivas, hacia la sed y el hambre del prójimo, que nos clama, o se nos adelanta desprotegido, a la espera de socorro real y rápido”.

Por sentir y saber así la Caridad, Casaravilla se acerca a los más hondos cristianos; a aquellos cuyo estilo de alma radical, valiente y puro, se traducen en rasgos de expresión que nos recuerdan los acentos de los profetas.

Muchas veces, leyéndolo, se evoca a aquel León Bloy: como él escribe con sangre, con fuego. Y quedan los dos juntos en el poema que Verlaine dedicó a Bloy. Allí aparece la Caridad vinculada al Dogma y a la Ley . . .

*Le Dogme certes et la Noi
Mais Charité qui ne commence
Ni ne finit, énorme, immense
Telle est la foi de León Bloy.*

y luego:

*Un Abel mais un saint Eloi
Enclume et marteau sans clémence
La raison jusq´á la démence
Telle est la foi de León Bloy.*

.....

Como el autor de “La sangre del pobre” Casaravilla siente todo el misterio de la iniquidad que ensombrece la tierra; el misterio de los pobres; el misterio del fariseísmo que traba al proceso de la Redención. Y también como Bloy, desde el punto de vista de la expresión, consigue darnos constantemente, misteriosamente, el mundo real más concreto y el oscuro y resplandeciente mundo sobrenatural, trascendente, –juntos y separados–, en una extraña unidad, revelados como sin

esfuerzo, desaparecida la huella del arduo trabajo con que se elaboran los medios y resplandeciendo en la claridad, la plenitud y el armonioso tiempo de las composiciones victoriosas.

Y al pensar en su valor perenne viene otra vez a mí el recuerdo de aquel acueducto de Segovia, que Eduardo Dieste evocó para señalar la estructura y la gracia de los poemas de Casaravilla. El acueducto atraviesa campo y cielo; sus arcos firmes se levantan, cerca de la tumba de San Juan de la Cruz, con la firmeza invencible que nada turba: ni las nubes que van y vienen bajo sus arcos, ni la luz que se va amortiguando con los atardeceres; ni el ruido y el desorden que en suelo va y viene con el humano andar y las humanas faenas. Y aunque este contraste de la piedra firme y serena y el desordenado movimiento de la calle tiene algo de angustiosa postrimería, el alma se sosiega, confiada, contemplando la misteriosa y segura paz de la piedra, tan sensible, tan firme, y tan tocada de lo Alto cuando luz y nubes se posan sobre su color o sobre sus imperceptibles tonos. Un aire de eternidad envuelve así, tal como a esas piedras ya sagradas, el canto esencial de Enrique Casaravilla Lemos.

ESTHER DE CACERES.